

Los retos de la educación superior

En El Salvador actual, los retos de la educación superior son sumamente complejos. Se tiene, primero, un conjunto de graves problemas internos de los que la educación superior tiene que hacerse cargo, si lo que pretende es tener alguna relevancia social. En segundo lugar, están los desafíos externos, esos que se generan en un mundo globalizado no sólo el plano económico, sino también en los planos social, político, medioambiental y cultural.

Los problemas internos

Comencemos por el problema más obvio, pero sin duda el más difícil de enfrentar: el problema de la pobreza y, con ella, la situación de marginalidad en la que vive la mayor parte de salvadoreños. Se trata, de un problema viejo, que ha acompañado al país prácticamente desde su constitución como República. Sin embargo, ello no debe llevarnos a naturalizar la situación de pobreza y de marginalidad que abate a quienes han tenido históricamente menos oportunidades que nosotros.

Al contrario, debemos reconocer que esos salvadoreñas y salvadoreños la pasan mal —al igual que sus padres y abuelos en el pasado— porque en El Salvador se ha diseñado un modelo socio-económico que no tiene entre sus metas el objetivo de generar dosis mínimas de justicia y bienestar social.

Junto con la pobreza y la marginalidad que ella propicia, se tiene en El Salvador el grave problema de la violencia social, cuya propagación no ha podido ser controlada por las autoridades, pese a los esfuerzos que se han venido haciendo desde la década de los años noventa. En virtud de esta violencia, nuestro país se ha convertido en un espacio poco acogedor para el grupo de población más joven, que está siendo golpeado por la misma violencia que se genera en su seno.

Un sector importante de la juventud salvadoreña de ahora no sólo carece de opciones laborales y educativas dignas, sino que tiene que habérselas con un entorno hostil, plagado de mafias de narcotraficantes, bandas de robacarros, secuestradores y violadores, que encuentran entre los jóvenes marginados a los consumidores de la droga que ellos comercian o a los ayudantes oportunos para cometer sus fechorías. La situación de la juventud salvadoreña, en tercer lugar, no es ajena al profundo cambio cultural que se viene operando en nuestra sociedad —al igual que en el resto de sociedades latinoamericanas— desde la década de los años ochenta y que es más notorio desde los años noventa en adelante.

Lo más sobresaliente de este cambio cultural es la descampesinización de la sociedad salvadoreña, que ha corrido paralela con un creciente proceso de urbanización de los estilos de vida, los hábitos sociales y los patrones de consumo. Físicamente, este cambio se visualiza en el avance de la mancha urbana en las ciudades, así como en la despoblación de las zonas rurales, cuyos habitantes emigran hacia las zonas urbanas o hacia el exterior.

Culturalmente, uno de los fenómenos más llamativos, aunque no el único, es el desapego a la tierra que comienza a hacerse sentir en diversas comunidades rurales del país. Otro hecho sobresaliente

es la difusión de hábitos de consumo urbanos —desde el calzado hasta la comida— en zonas tradicionalmente campesinas, pero que ahora están conectadas a la vida de las ciudades a través de sus familiares en Estados Unidos, Canadá o Australia.

Finalmente, los problemas señalados no son ajenos al problema mayúsculo de El Salvador: la desarticulación estructural de su aparato económico, desarticulación que se expresa en un crecimiento exagerado del sector servicios —concretamente de las finanzas—, así como en el deterioro de la agricultura y de la industria.

Obviamente, la crisis es mayor en el agro, a donde no llegan ni los créditos ni la tecnología ni la educación. Pero también la industria nacional está en franco estancamiento y, por ello, imposibilitada para generar empleos estables y con salarios decentes. La solución a esta problemática camina por elevar la productividad tanto en la agricultura y como en la industria, pero esto requiere unos niveles de inversión que los dueños de los bancos no están dispuestos a hacer. Estos prefieren invertir en restaurantes de comida rápida y confiar en que las maquilas y las remesas sigan llegando al país.

Los desafíos externos

Lo primero que hay que decir aquí es que el mundo está cambiando aceleradamente; más aún, lo viene haciendo desde mediados de la década de los años setenta, cuando se comienzan a operar una serie de transformaciones económicas, culturales y tecnológicas que desembocan en lo que ahora se conoce como globalización.

Tal como lo reconocen los especialistas, la globalización es un proceso mediante el cual, sin que medie la voluntad de nadie, el mundo se está unificando como un gran mercado. Esta unificación es, ante todo, financiera, pero también lo es cultural, social y tecnológica.

Hay que insistir en que la globalización es un proceso que, hoy por hoy, se revela como indetenible: el mundo se convierte en un

gran mercado, en el cual cada nación debe encontrar su lugar, mismo que depende de los recursos con los que se cuente para competir con otras naciones que buscan sacar el mayor provecho de esa competencia mundial.

El gran desafío externo que enfrentan países como El Salvador es, sin duda alguna, el proceso de globalización económica, social, cultural y tecnológica actualmente en marcha. Para hacerle frente, ya se están tomando medidas presuntamente orientadas a favorecer una inserción «provechosa» en el mercado mundial de bienes y servicios.

Las reformas neoliberales, iniciadas en el país con la administración de Alfredo Cristiani (1989-1994) y continuadas con las administraciones posteriores de ARENA, tienen como objetivo insertar de una cierta forma a El Salvador en el proceso de globalización, concretamente como un país de servicios privados que, además, sea un buen espacio para la producción maquilera. El complemento del programa neoliberal aplicado en nuestro país es la integración al bloque económico hegemonizado por Estados Unidos, así como la firma de acuerdos comerciales que lleven a una apertura económica sin trabas de ninguna naturaleza. Reformas neoliberales, integración al bloque regional encabezado por Estados Unidos y suscripción de acuerdos que lleven a la apertura comercial absoluta, parecen ser los tres mecanismos implementados por los gobiernos de ARENA para responder a los desafíos de la globalización. Ciertamente, el camino elegido por los gobiernos de ARENA tiene unos costos sociales que, cabe sospechar, no han sido tomados en cuenta. El abandono de la agricultura y el estancamiento industrial no son ajenos a un modelo económico que privilegia el desarrollo del sector financiero y la maquilización de la economía nacional. Hasta ahora, la respuesta del país a la globalización ha sido una respuesta a los desafíos económicos que la misma plantea. Es poco lo que se ha hecho para responder a sus desafíos culturales, sociales y tecnológicos. Quizás es por la poca importancia que se ha dado a ellos es que se ha difundido la idea de que el progreso y el bienestar están a la vuelta de la esquina. En

resumen, El Salvador de la actualidad está atravesado por agudos problemas económicos, sociales y culturales. Muchos de estos problemas son una herencia del pasado; otros, son relativamente nuevos y tienen que ver con los cambios que se vienen gestando en el mundo desde los años setenta. El gran desafío que tiene el país es cómo lograr dar una respuesta a problemas endémicos como la pobreza y la marginalidad de la mayor parte de su población a partir de un modelo de desarrollo económico y social que garantice una inserción exitosa en el mercado mundial. Ese es el mayor reto que tienen ante sí los principales actores nacionales. Es también el reto que tiene ante sí la educación superior.

Los desafíos de la educación superior

La educación superior no puede (ni debe) quedarse al margen de los retos nacionales e internacionales que se le plantean al país. Debe responder a ellos, en primer lugar, desde una actualización permanente de sus contenidos curriculares, de modo que estos estén a la altura de los problemas que tiene ante sí la sociedad salvadoreña. De lo que se trata es de ponerse al día con nuevas teorías, nuevos enfoques y nuevas metodologías, mostrando la mayor determinación para abandonar esquemas y perspectivas de análisis que ya no dan más de sí. A la par de esta actualización curricular, debe promoverse la capacitación continua de quienes tienen responsabilidades académicas, ya sea en la docencia o en la investigación. Actualización curricular y capacitación académica son dinámicas que deben ir de la de la mano si lo que se pretende es que la educación superior tenga alguna palabra seria que decir a la sociedad. Con todo, no basta con la actualización curricular y la capacitación académica. La educación superior debe aspirar a más; debe aspirar a integrar de una forma coherente y creativa la docencia, la investigación y la proyección social. Obviamente, ninguna de esas tres funciones es de fácil cumplimiento; no es fácil transmitir y compartir conocimientos mediante la docencia, ni tampoco lo es generar nuevos conocimientos a través de la investigación. Mucho más complicado es trasladar esos conocimientos a la sociedad. Y es

que para la realización de esas tareas se requiere, además de recursos materiales, talento, vocación y un compromiso ético con quienes viven en la precariedad y la marginalidad. Docencia, investigación y proyección social se dicen como algo que está al alcance de la mano, pero constituyen actividades y procesos difíciles de alcanzar sólo por mera voluntad. Los buenos profesores —los que saben de lo que hablan y lo saben enseñar— son escasos y, para colmo, mal pagados. Los buenos investigadores —los que saben buscar problemas relevantes y tienen las herramientas técnicas para intentar resolverlos— son más escasos aún y no mejor pagados que los docentes. Por último, son contados con los dedos aquellos que saben llevar a la sociedad los conocimientos generados en los recintos académicos. No obstante lo dicho, sin docentes cualificados, sin investigadores capaces y sin un compromiso expreso de proyectar el saber en la sociedad, la educación superior está condenada a vivir de espaldas a la realidad y, por consiguiente, está condenada a la irrelevancia social. En definitiva, y para terminar, tres son los retos de la educación superior en El Salvador: a) Hacerse cargo de los problemas nacionales más acuciantes, así como de los cambios que se están generando en el entorno mundial. b) Asumir como tarea fundamental ofrecer una respuesta, desde el saber, a esos problemas, para lo cual debe actualizar sus contenidos teóricos y sus metodologías de análisis. c) Debe integrar en su quehacer —y del mejor modo posible— las funciones de docencia, investigación y proyección social, a sabiendas de que lo que se proyecta a la sociedad es el saber generado en la academia, no para que la sociedad se ilustre, sino para que sus miembros tomen conciencia de los problemas del país y hagan algo para resolverlos.

Este texto se tomó de la ponencia de Luis Armando González en la inauguración del diplomado de Metodología de la Investigación, el 9 de agosto de 2002, en la Universidad Gerardo Barrios de San Miguel.